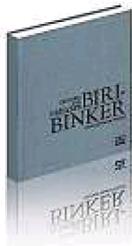


Libros

14

UN PRÍNCIPE
PRERROMÁNTICOHISTORIA
DEL PRÍNCIPE BIRIBINKERCHRISTOPH MARTIN
WIELANDTraducción de Pablo
Sorozábal Serrano
El Taller del Libro
Madrid, 2011
136 páginas, 25 euros

★★★★★

Herder, Goethe, Schiller y Christoph Martin Wieland (1733-1813) constituyen la tetrada indiscutible de la literatura alemana del siglo XVIII, a caballo entre las fórmulas clásicas de inspiración grecolatina y un decidido impulso hacia lo que después, en las primeras décadas del siglo XIX, conoceremos por Romanticismo. A Wieland, que era hijo de un pastor protestante, lo tentó, en la primavera de su vida, el pietismo de Klopstock en *Der Messias* (*La Mesíada*), poema épico de inspiración bíblica que vio su primera luz en 1748. Pero la vida fue minando de forma radical sus posiciones espiritualistas y descubriendo en él, a partir de 1760, al epicúreo alegre, sensual y frívolo que habitaba en el fondo de su alma y que acabó triunfando sobre el *engagé* religioso de sus primeros balbuceos literarios.

No fue ajeno a esta «conversión» su trato asiduo con las letras francesas e inglesas de la época y, a través de estas últimas, con el *Quijote*, cuya lectura por autores como Richardson, Fielding, Smollett o Sterne desembocaría en la refundación de la narrativa europea.

Traducir al gran Will

Pero es que –abundando en las posibles causas de su giro mental– Wieland tradujo por primera vez al alemán veintidós obras de Shakespeare (una de ella en verso: *El sueño de una noche de verano*) en ocho volúmenes aparecidos entre 1762 y 1766, por la misma época en que Lord Walpole ponía los cimientos de la novela gótica en su maravilloso delirio narrativo *El castillo de Otranto*. Traducir a Shakespeare y seguir comportándose como un cristiano fundamentalista resulta a todas luces incompatible,

habida cuenta de la carga de profundidad escéptica limítrofe con el nihilismo que ostenta la obra dramática del gran Will. De manera que Wieland pasó de un integristo trascendentaloide a un amable «realismo mágico» ante *litteram* no exento de erotismo que se refleja a las mil maravillas en la obra objeto de este comentario.

La *Historia del Príncipe Biribinker*, admirablemente vertida por Pablo Sorozábal al castellano, no es más que un fragmento –eso sí, autónomo, como *El curioso impertinente* dentro del *Quijote*– de una obra más amplia, intitulada *El triunfo de la naturaleza sobre la ilusión*, o *las aventuras de Don Silbio de Rosalva*, que vio la luz en la ciudad germana de Ulm en 1764.

Con pasmo y deleite

El relato tiene que ver con los cuentos de Voltaire, con Boccaccio, con la versión de *Las mil y una noches* urdida por Antoine Galland (publicada entre 1704 y 1717 y decisiva para el desarrollo de la novela europea a lo largo del Siglo de las Luces) y, sobre todo, con Cervantes. Se lee con ese pasmo y ese deleite que desprende el estilo de algunas de las piezas narrativas más importantes de la época, como *El diablo enamorado* (1772), de Jacques Cazotte.

El Taller del Libro ha editado los quinientos ejemplares numerados que componen la primera tirada de la obra con tanto mimo, tanto esmero y tal pulcritud, que me parece imposible que haya quien elija revivir las hazañas de Biribinker en la gélida superficie de un *ebook* antes que en las cálidas páginas de esta edición en papel, enriquecida con tres sugerentes ilustraciones de José Castellanos.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

«Toda buena
novela
es política»

Carlos Franz es una de las voces más poderosas de la literatura chilena. De sus libros y sus «años europeos» ha conversado con el escritor peruano Jorge Eduardo Benavides

Carlos Franz (Ginebra, 1959) es probablemente uno de los escritores chilenos más destacados de las últimas décadas, dueño de un mundo narrativo potente y al mismo tiempo sutil, lleno de claves políticas e intimistas, como ocurre en *El lugar donde estubo el paraíso* (1996), *El desierto* (2005) o *Almuerzo de vampiros* (2008). Es autor, además, de colecciones de cuentos –*La prisionera*– o ensayos –*La muralla enterrada*. De él, la crítica y escritores como Tomás Eloy Martínez, Carlos Fuentes o Jorge Edwards han elogiado la espléndida arquitectura de sus novelas tanto como su voz, «poderosa, creativa y comprometida con la palabra». Hasta hace poco vivió en Madrid, tras un periplo vital que lo llevó previamente a Berlín y Londres. Es, pues, un claro representante de eso que se suele llamar *exilio literario*.

¿Qué han significado para usted estos casi doce años en Europa?

Doce años dan para formar una nueva biblioteca. Cuando partí a Berlín, en el año 2000, guardé en Chile los miles de libros que reuní y heredé hasta los cuarenta años.

El valor simbólico de ese acto solo lo advertí después. El escritor que parte a los veinte años viaja para hacerse de una biblioteca; el que lo hace a los cuarenta deja una biblioteca atrás. Cuando somos jóvenes huimos de un país; ya maduros lo que intentamos es liberarnos de una cultura. Nunca se logra del todo, ni lo primero ni lo segundo. Pero no hay viaje verdadero sin intentarlo.

¿Han influido en su obra estos años de exilio voluntario? La palabra «exilio», cuando se aplica a un escritor o artista, me parece redundante. El tipo de autor que me interesa es un exiliado por definición. En primer lugar, en su propio país. En Chile, adonde llegué con once años, a pesar de ser el país de mi familia, siempre me sentí excéntrico, distante. Creo que me hice escritor gracias a eso. La escritura opera como un *zoom*: acerca imaginariamente lo distante, pero sin abolir la distancia misma, que nos da libertad y perspectiva. Quisiera creer que esta docena de años viviendo como extranjero en Berlín, Londres y Madrid me ha ayudado a controlar mejor ese *zoom*. O por lo menos a aceptar esa dolorosa libertad que te da el ser

